

utilidad inmediata, general y verdadera, afirman los sabios que la tendrá muy grande, ayudando á esclarecer en astronomía la ley de las refracciones y las rayas telúricas; en química vegetal, la composición del aire y la influencia del ácido carbónico sobre las plantas á 300 metros de altura; en meteorología, infinidad de estados eléctricos, corrientes superiores y problemas higrométricos; en física, las desviaciones del cuerpo que cae, la electricidad atmosférica, los experimentos sobre la rotación de la tierra y otras mil cuestiones más ó menos importantes. Y sobre todo..... aquí es donde los franceses se hinchan de pescuezo y se encienden de cresta, ni más ni menos que el gallo de sus armas.....

“Telegrafía óptica. Con tres estaciones bien elegidas, estamos en la frontera.”

¡En esto paran los progresos de la ciencia y las pacíficas manifestaciones de la industrial! ¡La Torre Eiffel instrumento de combate!

* * *

La verdad es que la Torre señalará una nueva é importante etapa para las construcciones de hierro, puentes, estaciones, viaductos aéreos y palacios. El hierro entrará como elemento poderoso á facilitar obras y empresas colosales.

No quisiera despedirme del férreo gigantazo sin soltar una cosa que me bulle en la punta de la pluma, y es, que con toda su estatura descomunal, la Torre está *muy baja*, ¡333 metros so-

bre el nivel del mar!; gran puñado son tres moscas. Rigurosamente hablando, cualquier campanario de Castilla mira por cima del hombro á la Torre Eiffel.

CARTA XVII

TRAPOS, MOÑOS Y PERENDENGUES

Paris, Julio 28.

YA estoy, ó cuando menos tengo obligación de estar, en mi elemento, puesto que voy á hablar de trapos y moños, conversación tan simpática para las mujeres, y en la cual, diga lo que quiera el profano vulgo, no sólo puede, sino que debe entrar una mediana dosis de sentimiento artístico, que es como la filosofía de estas frivolidades trascendentales.

* * *

A la verdad, me alegraría mucho de salir con color del empeño, por desmentir la mala fama que tenemos las escritoras en materias de gusto. En efecto: si el turbante de madama Staël ha pasado á la historia, y las botitas de doble suela y el tapabocas encarnado de Jorge Sand son ya únicamente un recuerdo típico del romanticismo, todavía asegura la gente que las señoras dadas al cultivo de las letras se llevan la palma en

vestir charro, exagerado, anticuado ó ridículo. Un recuerdo de mi infancia es la ilustre condesa de Mina, después duquesa de la Caridad, y no sé lo que se me ha quedado más presente de aquella gran mujer, si su despejo y discreción varonil, ó los guantes de algodón á lo carabenero y la cofia extravagante que usaba hasta por casa. Las mujeres cultas pueden y suelen tropezar en dos escollos igualmente peligrosos: el exceso de oropel, los trajes vistosos en demasía, ó el estilo cuáker y marimacho, el zapato de oreja, el pelo en *chichitos* y el traje plano, color de ala de mosca, sin adornos ni vanas superfluidades. Este último tropiezo ha sido uno de los desaciertos de las nihilistas rusas, quienes cometieron la atrocidad de raparse las cejas y usar gafas azules.

El traje de la mujer, desde algunos años á esta parte, se perfecciona y agracia cada vez más, habiendo alcanzado, en este año de la Exposición, un toque supremo y delicadísimo de sencillez exquisita. Las épocas históricas y literarias imprimen á los trajes y adornos, y hasta al tipo físico de la mujer, sensibles modificaciones, que la mirada escrutadora de un Balzac ó un Daudet advierte al punto. Bajo María Antonieta, la corte, deseosa de sacudir del todo la solemne y fastuosa etiqueta del pelucón de Luis XIV—etiqueta ya muy relajada en los últimos años de Luis XV—penetrada además por el ambiente de égloga y pastorela que las letras respiraban, se entregó á los dulces juegos rústicos de Trianon, y fatalmente, la moda

trajo los sombrerillos de paja coronados de rosas, los cayados, los *fichús* de muselina, los primeros percales (hasta entonces no se concebía la dama sino vestida de seda), y otros mil detalles graciosos en que se reconoce la influencia de la elegante y desdichada esposa de Luis XVI. Vino la Revolución, y su mezcla de sensibilidad y estoicismo romano y griego se reflejaron en la moda también, según no ignora nadie que haya visitado los Museos franceses. La protesta aristocrática, en la época del Directorio, tomó forma de lazos de cinta, solapas exageradas y dijes chocarreros, gala de los perimetres y lechuguinos (*muscadins*). El Imperio, con sus alternativas de júbilo y susto, el orgullo de las victorias, la brillantez de sus uniformes y la forzosa rapidez de sus aventuras amorosas, dió á la mujer brillo y marcialidad, la coronó de plumas y pedrería (por entonces una diadema le caía á cualquiera del cielo), y la hizo aguerrida, fuerte, amazónica, de hermosos brazos, color fresco y resplandeciente mirar. Vinieron el romanticismo y la restauración, Chateaubriand y Lamartine con sus tristezas elegíacas, y la mujer palideció, prolongó el talle hasta los pies, desflecó el cabello en virutas, puso los ojos entornados y adoptó continente angélico. El segundo Imperio, con sus agiotajes y su sed de goces positivos, su cosmopolitismo y su música de Offenbach, trajo modas violentas y dispendiosas, las largas colas, los peinados monumentales y bizantinos, las botas altas y el miriñaque escan-

daloso. Epoca de menos sobriedad y gusto en el traje de la mujer ni se ha visto ni verá. El conjunto de la gentil forma femenina desaparecía bajo postizos armatostes, de los cuales podía decirse lo que Alarcón en *La verdad sospechosa* acerca de los almidonados canjilones que en su tiempo ostentaban los galanes:

«Una valoncilla angosta
Usándose, le estuviera
Bien al rostro, y se anduviera
Más á gusto á menos costa.»

Sólo que ocurría á las damas modernas lo mismo que á los galanes arcaicos:

«Todos dicen que se holgaran
De que valonas se usaran,
Y nadie comienza el uso.»

* * *

Fue preciso un cambio político radical, una guerra que mudó la faz del continente europeo, una corriente de ideas que viene del Norte y trae consigo mucha tolerancia y libertad, de que ha de gozar la mujer más cada día, para que el traje cambiase de rumbo y tomase la dirección racional, simpática y artística que hoy lleva.

A raíz de la guerra francoprusiana, la multiplicidad de los lutos, la amargura del vencimiento, impusieron á la mujer francesa los co-

lores oscuros y las hechuras sencillas. Siempre que predomina una tendencia de sencillez, la moda se acerca al ideal del arte: vestir y engalanar respetando la forma natural del cuerpo, sin desquiciar el talle ni desfigurar las líneas. No diré que esto se haya obtenido completamente, pero sí que á eso se propende, y este año más que nunca.

Así como en ciertos períodos literarios se distingue claramente una estela de ideas que procede de algún país extranjero, y se ve, pongo por caso, la filiación árabe del *Conde Lucanor*, ó el origen español del *Bachiller de Salamanca*, en la moda de este último cuarto de siglo se advierte, mezclada con la dominante influencia gala, la británica, que ha logrado imponerse en el mismo París, á despecho de la poca afición de los franceses á dividir con nadie el monopolio de cosa alguna. La moda inglesa se apoderó de la ropa de hombre, y luego se impuso á los chiquillos, que ni son hombres ni mujeres, sino querubines; les prescribió cómo habían de cortarse el pelo, vestirse higiénica y pictóricamente, y calzarse con distinción; les ofreció el único encaje que pueden usar, porque resiste al juego y á las travesuras. Poco á poco fue insinuándose en el atavío de la mujer, no aspirando de pronto á dominar sino en las prendas prácticas y útiles: el impermeable, el *ulster* de viaje, que preserva del polvo, el traje de playa, la chaqueta de paño, el cuello, la pechera y la corbata masculinas que tan picaresco hechizo comunican á las don-

cellitas de quince á diez y seis años. Hoy el *chic* inglés ha triunfado: en las modas de este año, en las mangas ajamonadas y las telas candorosas, sobre todo en los sombreros de dimensiones descomunales, con puntillas que flotan y envuelven en un nímbo de dulce sombra el rostro, hay algo de puritanismo sentimental, un poco de la concepción novelesca y autónoma de la mujer, que tienen los nacidos más allá del Canal de la Mancha, y se advierte el influjo estético indudable de Kate Greenaway y sus originales dibujos.

*
*
*

Por los sombreros quiero empezar, puesto que la cabeza es la parte más noble del cuerpo. Los sombreros de este año demuestran que la moda está en un buen momento de poesía unida á la razón. Dos años hace, el sombrero capota se usaba altísimo, empingorotado, de tres pisos con entresuelo; lo cual era absurdo, porque la capota que descubre la frente, debe ajustarse al tamaño de la cabeza y adornar y aureolar la cara. Así son los de ahora. Un casquetito que encaja perfectamente sobre el breve peinado actual; algunas flores ó una fina nube de arrugado tul; pocos cintajos, pocas plumas, ninguna bisutería, armazón ligera que no pese ni moleste, componen las delicadas capotas que he visto en el Campo de Marte, y más aún en los teatros. El sombrero redondo, en cambio, es inmenso: mas no lo censuremos,

porque tiene su razón de ser; el sombrero redondo cubre la frente y resguarda del sol; no hay que extrañar que le crezca el ala. La copa es plana, y la materia de que se fabrican estos sombrerazos levísima, por lo cual desaparece su inconveniente mayor, que sería el peso. Con la paja calada, el encaje y la supresión de los adornos metálicos y de las cintas de terciopelo, los sombreros mayores no pesan ni media libra.

Corren este año vientos idílicos y naturalistas, y se reflejan—¡quién lo diría!—en el adorno del sombrero femenil. Nótase en él una falta de simetría muy grata, que no carece de arte; un descuido con cuidado, que es la nata de la coquetería. En efecto, el sombrero más elegante de los que por aquí se ven, es muy parecido al que podría armar una zagala deseosa de conquistar á algún Melibeo, enroscando una florida guirnalda de sauco ó de madre selva alrededor de un capacho de paja. Quiero decir que sólo se adornan con flores, y á veces con rama de vid ó yedra puesta al desdén, al caer de su propia hechura.

Sí, los sombreros de este año son floreales, y en las mismas capotitas reina la flor, haciendo corona. Y nótese un pormenor que evidencia más el carácter primaveral é idílico de las modas de la Exposición. Lo que domina es la flor blanca y la hoja verde pálido; la margarita, el espinó albar, la lila blanca, la *bola de nieve*, la rosa blanca, también se llevan la preferencia. La moda se inclina al candor, á la modestia, á

los tonos mates y frescos, y el colorido dominante es esa nota fina gris ceniza, predilecta de los pintores en las Exposiciones recientes.



El colorido es muy expresivo. En las épocas trágicas de la Historia, durante el Renacimiento, v. gr., el color de las ropas es vivo, intenso, rico, entonado; las telas majestuosas, de pliegues opulentos, que realza el oro. La púrpura triunfa; el verde es metálico; el azul, turquí. Con el fanatismo religioso, los puritanos, vienen los tonos sombríos, apagados y lúgubres. Con la afeminación y la galantería, los colores bonitos, rosas y azules, la tonalidad fantástica de Watteau. Con una edad de individualismo como la nuestra, en que la aspiración de todos es pasar inadvertido en la calle—y aparecer al mismo tiempo *correcto* y *distinguido* si alguien se fija en nosotros,—tienen que predominar los matices limpios, discretos, que aparentan seriedad, y sin embargo no pueden confundirse con la librea de las clases trabajadoras.

Colores hay enteramente desterrados del traje de la mujer elegante en la Exposición. El granate y el lacre rabioso; el naranja, que hace cinco años se disfrazó de *color volcán*; el azul declarado; los canelas, chocolates y castaños oscuros, que tan injusta popularidad lograran últimamente; el rosa impúdico, y otros tonos que aún se pavonean en las fiestas provincianas, ni asoman por allí. Verdes hay muchos, y

esto prueba, en mi opinión, que el idilio se respira; pero ¡qué verdes tan desleídos, tan velados, tan pasados, tan de transición al gris, tan semejantes á los que se ven en las cintas archivadas en los cajones de una abuela! Estos verdes, que desafinarían combinados con algún color fiero, se suavizan y funden al juntarse con el blanco, el ceniza, el lila. Del negro dicen siempre los cronistas de figurin que “se lleva mucho”: á la verdad, no en la Exposición, donde el gris le ha suplantado. El negro es un género de elegancia al alcance de todas las fortunas y de todas las imaginaciones: su mezcla con los bordados de azabache había llegado á ser nauseabunda á fuerza de usarlo hasta las modistillas y las mozas del partido; á Dios gracias, ya en la Exposición el negro que se ve es mate y flexible, sin caparazón de vidrio ni colgantes de esos que meten ruido, lastiman las carnes y van soltándose al andar.

El carácter esencial de las telas de este año es la flexibilidad: son telas gratas al tacto como á la vista, de pliegues muelles y fofos: si alguna seda ó tejido recio se pone, va por debajo, haciendo de armazón, y escondiéndose como avergonzada de su esplendor, á la sombra de las muselinas, batistas y lanillas espumosas. El estampado de los géneros suele ser de flores. Los arabescos exagerados, los floricones churriguerescos que parecen una mueca del traje, han desaparecido, y ¡vayan benditos de Dios! pero la flor natural, con su color y forma encantadora, hace el gasto. Sembrados de viole-

tas, de margaritas, de *no me olvides*, de briznas de lila, de combalarias, son el adorno de los fulares y sargas de seda. El raso, que tanto se usó hace dos ó tres años, apenas se ve ahora: preponderan los tejidos mates y flexibles, y aquel hermoso y opulento género sólo se gasta en corsés. Aun en esta misma prenda el *tusor* ó sarga blanca es más fino y veraniego. Ni para forros se estila el raso: los forros elegantes (y toda mujer algo delicada cuida mucho de los forros) son de tafetán tornasolado, de esos suaves tornasoles propios de nuestras abuelas, que se llamaban *cuello de pichón* y nunca se sabía si eran rosa ó gris, azul ó castaño, lila ó verdoso.

Hay para el traje leyes de estética que no pueden desconocerse ni infringirse. Alguna vez el capricho de la moda impone que se estampen en los géneros objetos repulsivos ó vulgares: lagartos, culebras, moscardones, cabezas de negro, herraduras, látigos y hasta *jockeys* de cuerpo entero. ¡Aborrecibles adornos! Si los excusase la utilidad, anda con Dios; pero ¡engalanarse con un *deshabillé* sembrado de barómetros, ó bordando un sapo y una langosta en las vueltas de un abrigo! *Vade retro*. En cambio, las flores son el adorno más femenino y más seductor. Las damas japonesas usan en cada estación del año trajes recamados con las flores y plantas propias de la estación misma, costumbre que debiéramos imitar las europeas.

Los cortes y hechuras de los trajes son lisos,

lisos del todo, sin un mal recogido, sin un encrepamiento de tela. Los *polisones* se han deshinchado tanto, que parecen obleitas: apenas señalan una curva que destaca la cintura. Suprimirlos del todo, sólo creo que lo habrán hecho las moradoras de algún poblachón, de las que toman las cuestiones de figurín al pie de la letra.

Una innovación advierto, que me parece muy acertada y muy linda, y es, la restauración de los escotes y de las mangas cortas y la proscripción total de esos horribles cuellos-carlancas que tapaban y entiesaban la garganta de las mujeres, sofocándolas en el verano y quitándoles la gracia en todo tiempo. Estilo austero venido del Norte, de tierras donde el clima es frío, la religión gazmoña y los pescuezos largos, no convenía de ningún modo á nuestros países del Mediodía. Hoy, no sólo los trajes son derribados del cuello y entreabiertos por delante, sino que se ha renovado el estilo de usar telas transparentes, con forro escotado, para la calle. En cambio las mangas no son tan rabicortas como antes, y, por consiguiente, el guante no sube hasta tan arriba. Siempre los más finos son de Suecia; es la piel que más pronto se ensucia, y por consiguiente la más cara; pero es muelle y arruga bien, mientras la cabritilla ostenta un lustre desagradable, y la seda recuerda inevitablemente la media y el calcetín. No, no se puede calzar más guante que el de Suecia, ni de más color que de los tonos grises ó cuero, que llaman *naturales*. Y para calzar bien la mano

guante flojo. El verdadero tamaño de la manecita no lo encubre el guante holgado, al paso que el justo la amercilla y desfigura.

Metiéndome en interioridades, diré que tampoco el color de las medias puede elegirse á capricho, sino que ha de armonizar bien con el traje, y que el calzado prieto deforma el pie, por lo cual las señoras elegantes que se dejan pasear en sillón de ruedas á través de la Exposición, llevan bota ó zapato de hechura prolongada, de corte escogido, pero cómodo. Mas no es novedad especial de este año: hace bastantes que Inglaterra triunfa en cuestiones pedestres, imponiendo el zapato flojo y el tacón ancho. No se usa ya en el calzado, ni la punta excesivamente aguda, ni tampoco chata y roma. Lo actual es un término medio, encaminado á prolongar y estrechar la forma del pie. Los zapatos bordados de colores no gozan de gran favor; en cambio es muy fino el de raso gris bordado de acero.

Abrigos, no es en verano cuando se discurren más variados, y casi no he visto otros sino la chaquetilla de paño, recta por delante y ajustada por detrás, que ya va siendo prenda de uniforme para las salidas de trapillo y el mañaneo. No pecan de baratas si son—como deben—obra del sastre inglés, cortadas de un modo impecable, de paño de primera, forradas de tafetán tornasol riquísimo, y con algún atinado golpe de trencilla en pecho y bocamangas. Semejantes chaquetas parecen nada á primera vista, y sin embargo, pertenecen á lo que

podemos llamar el *lujo hipócrita*: no cabe en ellas término medio; han de costar por lo menos seis ú ocho libras esterlinas, y si no, no pueden llevarse. Ellas han desterrado la anti-pática *visita*, con la cual las mujeres se me figuraban pájaros bobos, sin poder menear los brazos. Hubo una modista que á principio de estación intentó aclimatar un género de abrigo muy feito, dividido en pisos como la torre Eiffel, de tres esclavinas sobrepuestas; pero la cosa no cuajó: era desairada como ella sola.

Nadie ignora la magnificencia con que la joyería se ha presentado en la Exposición: hay instalaciones capaces de trastornar la cabeza á la mujer más formal; y sin embargo, ninguna joya especial de este año, ninguna innovación se ve asomar por el horizonte. Nótase, eso sí, la misma tendencia que hace tiempo se ha iniciado, á relegar la joya á su puesto natural, el de *accesorio* de la mujer. Los aderezos ó *ternos* simétricos de hace veinte años, compuestos de pendientes, brazaletes, alfiler, collar, diadema, agujas. . ., han pasado definitivamente á la historia. El ideal de la joya contemporánea es que no atraiga la vista y no hastie el espíritu con su uniformidad y la repetición de una misma nota brillante en orejas, garganta y pecho. Lo imprevisto, lo caprichoso, lo poético, ha reemplazado á lo fastuoso y refulgente.

La dama no llevará por nada del mundo pendientes y alfiler *que hagan juego*: una corona heráldica (si tiene derecho de usarla) se admite, aun cuando es demasiado solemne: mejor

estará una mariposa ó libélula de esmeraldas, brillantes ó rubíes prendida con negligencia en un lazo; un agujón de pedrería sujetando el sombrero; un frasquillo de artístico esmalte medio oculto en el guante y delatado sólo por su rica fragancia; unas hebillas de oro cincelado en el zapato *Molière*, un par de gotas de agua bien claras y gordas en las orejas, destacándose sobre el limpio cuello; un alfiler de oro rematado en una perla y clavado al desdén entre los encajes; una miniatura antigua orlada de diamantitos minúsculos; unos botones de turquesas abrochando el corpiño.... En el pelo se puede deslizar mañosamente alguna horquilla de cabeza, de pedrerías, ó tal cual peinecillo que remata en un hilo de bellas rosas; pero ojo con las peinetas y los embelecos: la cabeza más sencilla es siempre la más elegante. Los moños, de poca balumba: escaso rizado, ligero bulto, gran limpieza, perfumes discretos, la nuca descubierta y en ella los correspondientes *ricillos locos* que se forman del pelo corto encrespado allí: algunas veces (y esta es innovación recientísima) con los sombreros *Maria Antonieta* hoy tan en boga, un par de tirabuzones gruesos que caen sobre la espalda ó juguetean sobre el hombro,—y especialmente los menos postizos posibles, insisto en ello.... Como siempre, en tiempo de Exposición y en todo tiempo en París, asoma una novedad chavacana: la de este año es el *reloj brazalete*. Digo de él lo que dije de las telas estampadas con patas de gallo ó rabos de la-

gartijas: la estética prohíbe estas ensaladas: lo útil no puede presentarse como elemento ornamental: el brazalete es un adorno, el reloj un instrumento de utilidad para saber la hora: puede enriquecerse, incrustarse, cincelarse, pero siempre debe ir oculto: por eso las *châtelaines* cayeron pronto en desuso y á las pulse-ras-relojes les sucederá lo mismo.

A imitación del siglo XVIII (que fue un siglo primoroso, no puede negarse) hoy se emplea la joyería en menudencias de tocador que antes no se juzgaban dignas de honra tan alta. Los cepillos, peines, limpia-uñas y frascos se blasonan, esmaltan y enriquecen con pedrería, y los *impertinentes* ó anteojos de tallo largo, más de moda que nunca, llevan sobre la rubia concha cifras de diamantes. Los gemelos de teatro son de oro ó plata cincelada, y cifrados también. Hasta en los puños de los paraguas ha entrado la orfebrería.

Para el final he dejado la moda de más miga y de menos aplicación real de este año: la única que pudiera, si no entrañar una revolución social, al menos cooperar á ella poderosamente. Ya comprenderéis, ¡oh severos lectores y lectoras asustadizas! que hablo del *divided skirt*, ó sea del traje con pantalones.

Nadie se haga cruces. He visto expuesto en un escaparate un traje airoso y práctico, cuya creación, obra de eminente sastre inglés, se debe á la necesidad en que se ven muchas norteamericanas de andar aprisa y no enredarse las enaguas cuando suben á tranvías, coches y

barcos de vapor. El pudor y la decencia (que son hijos de la civilización y no de la inocencia primitiva, aunque otra cosa se figure la gente rutinaria) quedan mil veces más á salvo con el *divided skirt* que con los provocativos faralaes, que en momentos de apuro, viajando y andando aprisa, se pasan de indiscretos. Si á esta condición de resguardar la honestidad se añade la de la baratura, abrigo, ventajas higiénicas y gusto estético, insisto en que no veo motivo de escandalizarse. ¿No tienen todas las señoras trajes muy distintos para las diferentes circunstancias de la vida? ¿No hay vestidos de *trote*, de *callejeo*, de *casa*, de *baile*, de *comida*, de *baño* y *playa*? ¿Pues por qué no ha de haber el de *viaje* y *trabajo*, y no ha de ser éste el *divided skirt*, con su gentil zuava, su bonito faldellín, sus pantalones bombachos decorosos y bien hechos?

Todo esto me parece muy obvio; existe contra el *divided skirt* el reparo que el personaje de Alarcón alega para sustituir los canjilones por el cuello á la valona: que "nadie comienza el uso". Dícese que un sastre ó modista ofreció premios en metálico á las primeras que se echasen á la calle con el pantaloncillo á la zuava. Increíble parece que de tanta mujer como anda por París deseando exhibirse, no haya tres que se concierten para hacerse en un día más famosas y nombradas que Edison y Eiffel. ¡Es que salir así pide más valor moral que entrar en el cuarto de un varioloso ó ponerse ante la boca de un cañón cargado para recibir

la bala! Yo creo que el sastre del *traje partido* es un genio que se adelanta á su siglo y á su era (1).

Me he extendido tanto, que ya no me queda sitio para tratar de los espectáculos propios de la Exposición. ¿Ven ustedes lo que tiene ponerse á charlar de modas?

CARTA XVIII

UN DIOCLECIANO

París, Agosto 9.

No se habla en París sino del Chá de Persia (pongo Chá ateniéndome á las instrucciones de la Academia Española, que considero acertadas, porque en castellano no se puede escribir *Shah* de ningún modo). El Chá, ó sea Nasaredino (porque tampoco habrá nadie que me obligue á estampar *Nasr' Ed' din* ó cosa parecida) trae mareada y vuelta tarumba á la gran ciudad, y no se piensa más que en verle, curiosar sus menores pasos y movimientos, contarle los brillantes del tesoro y ofrecerle festejos, comidas, funciones y entretenimientos de toda especie.

* * *

Hay quien asegura que el entusiasmo de Pa-

(1). La bicicleta ha venido á popularizar y vulgarizar el *traje partido*.—(N. de la A.)